

En primer lugar quisiera dirigir un saludo muy afectuoso a todos los aquí presentes, a nuestras queridas autoridades civiles y militares, a toda la familia nazarena de Archena, representada por el Cabildo y a todos los que habéis venido esta mañana a la Parroquia a participar en este pregón. Siempre que vuelvo a este pueblo me encuentro como en mi casa, y eso es gracias a todos vosotros que me tratáis tan bien.

Desde que Alfonso, el presidente del Cabildo, me propuso hacer este pregón, he estado pensando qué es lo que podía yo deciros hoy para introducirnos en la ya próxima Semana Santa.

Cuando el Cabildo pensó en mí para esto, sabía quién soy y como soy, así que contaba con que yo debía aportar lo que tengo, sin tratar de fingir ser alguien distinto.

Estos días de campaña electoral estamos ya acostumbrados a escuchar a los políticos dirigirse al pueblo, hablar de gobierno y de soluciones a los problemas propios de la convivencia entre las gentes. Eso no lo puedo hacer yo. Ni soy político ni entiendo de política. No puedo ayudar en este campo.

Tampoco soy un poeta. La providencia no me ha querido conceder el don de plasmar con el arte de la buena literatura las bellezas de nuestra Semana Santa. Me consta que otros pregones han sido verdaderas obras de arte literarias, en las que el pregonero hacía revivir con su verbo los sentimientos más profundos del auditorio. No es eso lo que yo puedo aportar, no tengo ese don.

En otras ocasiones los pregoneros nos han regalado sus íntimos recuerdos desde su primera infancia. Imágenes, olores, costumbres de otra época que han ido marcando su alma y su sensibilidad desde niño a la sombra de las imágenes sagradas que cada año recorren nuestras calles haciendo presente la Muerte y la Resurrección de Cristo. Esos recuerdos de infancia tampoco os los puedo dar yo, no los tengo.

Entonces ¿qué? Alguien podría preguntar: “pero, este hombre ¿nos va a decir algo?”.

Creo que sí, que algo podré aportar, desde lo que soy y lo que tengo.

Sólo soy un sacerdote al que el Señor le ha querido conceder la suerte de vivir durante tres años en Archena. La Madre Iglesia me envió en el año 2003 a servir como párroco de esta iglesia en que nos encontramos, y aquí he estado, contando con vuestra ayuda, tratando de hacerlo lo mejor posible, hasta que la Madre Iglesia, de nuevo, ha querido enviarme a otro servicio bien distinto de éste.

Desde aquí, y antes de seguir adelante, quería haceros una petición. Ya sabéis que no es raro oír a un cura pidiendo algo, así que no voy a defraudaros, al menos en este sentido. Quisiera pedir os oraciones, que cuando os dirijáis al Padre del Cielo os acordéis del trabajo que ahora me está tocando hacer. Son días éstos no sólo de Semana Santa, sino también de Seminario. Os pido una oración por los sacerdotes que estamos encargados de ese trabajo tan necesario, que es el de formar a los futuros sacerdotes.

Una oración también os pido por esos muchachos que, con ilusión y esfuerzo, se preparan para servir un día como ministros, y una oración

también para que siga habiendo jóvenes generosos que lo dejen todo para servir al Señor en la vida sacerdotal. No es mucho lo que pido, no podéis quejaros, además no cuesta dinero, cosa extraña en nuestra época.

Después de todo este montón de palabras, la pregunta sigue siendo la misma: ¿Qué hago yo aquí? ¿qué puedo aportar a vosotros que me escucháis?

La respuesta sólo puede ser una, y espero no defraudar vuestras expectativas. Vengo a compartir con vosotros los recuerdos y los pensamientos de un sacerdote que, durante tres años, vivió con vosotros la Semana Santa, para así poder ayudarnos todos a vivirla, mejor todavía, este año 2008. Pienso que esto es lo que se me pide, y espero hacerlo con la dignidad que el encargo se merece.

Está claro para todos que la Semana Santa no se puede separar de los cuarenta días que la preceden. Pienso que no es del todo erróneo decir que la Semana Santa empieza, en cierto modo, el Miércoles de Ceniza.

Así que en Archena, podemos decir, la Semana Santa empieza muy pronto, empieza muy temprano, a eso de las seis y media de la mañana, que no está nada mal.

Que me perdone el paciente auditorio si me meto en detalles demasiado personales, pero lo hago con la única finalidad de ayudarme y ayudaros. Para mí la Semana Santa empezaba con un despertador que sonaba muy muy temprano, cuando todavía era de noche, y había que ponerse en pie, con el cuerpo todavía pesado por el sueño, para recorrer las calles de Archena, todavía con los ojos tan sólo medio abiertos.

Este detalle que parece tan nimio tiene su importancia, y por eso me ha parecido pertinente traerlo a colación en una ocasión como ésta. Estamos en una cultura en la que se nos quiere vender la imagen del hombre perfecto. Nuestro occidente avanzado piensa que ya somos hombres totalmente liberados de las ataduras, que el pasado puso sobre las espaldas de nuestros antepasados. Nos quieren convencer de que somos ya hombres maduros, hechos, capaces de decidir y de dirigir sin que ninguna fuerza externa actúe sobre nosotros. Independencia, autonomía, posibilidad de autodecisión parecen ser las características más señalables del hombre actual. Es como si nos quisieran decir: ya somos libres, perfectamente libres, no necesitamos de nadie que nos ayude, ni nos aconseje lo que tenemos que hacer.

Ese modo de pensar está tan extendido y consolidado en nuestro mundo que apenas si hay alguien que se atreva a negarlo, tiene más fuerza que las verdades reveladas que la Iglesia propone a sus fieles para ser creídas. El hombre moderno se considera a sí mismo absolutamente libre y eso nadie debe negarlo.

Aquí es donde quiero yo colocar la cotidiana experiencia del despertador, y otras por el estilo. Este hombre, que se cree absolutamente libre, sin ningún tipo de condicionantes, es vencido muchas veces por algo tan simple como las sábanas. La pereza, al igual que el resto de las tentaciones, sigue estando dentro del ser humano, como lo ha estado desde el principio de la historia de la Humanidad.

Este hombre moderno, que se cree libre, necesita mil ayudas para su débil voluntad. Algunos ejemplos cotidianos también nos ayudarán a situarnos. Necesitamos de mil ayudas para poder dejar de fumar, y muchas veces, ni con tantísima ayuda, lo conseguimos. Necesitamos terapias y productos mil para poder controlar el ansia de comer, y así dejar de meter en nuestro organismo nutrientes que ya no son necesarios. Necesitamos sentencias y rejas para poder dominar la ira que surge en muchos de nuestros contemporáneos. Y eso sin hablar de la adición a esas sustancias que convierten a nuestros jóvenes en verdaderos despojos humanos.

No somos tan libres como nos quieren hacer creer.

La Iglesia es Madre, por eso nos enseña. Por eso siempre, pero sobre todo en Cuaresma, la Madre Iglesia nos habla de madrugar más para rezar, para que no se nos olvide lo débil que es nuestra voluntad, lo mucho que nos cuesta contravenir los deseos de nuestro cuerpo.

En esto he de confesar que Archena me ha dado una gran lección, que creo no olvidaré. La iglesia abierta muy temprano, día tras día, y un grupo grande de gente que todos los días venían por la mañana temprano, a las siete y media, para celebrar la Misa, me enseñó mucho. Los archeneros tienen bien claro dónde está el tesoro más precioso, y por ganarlo vale la pena dormir un poco menos o pasar un poco más de frío. Él lo vale.

Por eso, especialmente en Cuaresma, la Iglesia nos habla de rezar más, incluso quitándole horas al sueño. Nos habla de comer menos, que tampoco nos va a pasar nada malo. Nos habla de quitarnos caprichos innecesarios, que se van convirtiendo en esclavitudes que nos quitan la libertad.

Los ayunos, las limosnas, las vigiliias, las prácticas de piedad nos ponen en nuestro sitio, nos recuerdan quiénes somos y que necesitamos que venga alguien de fuera y que nos devuelva la libertad que hemos perdido. *Para ser libres nos liberó Cristo* (Gal 5,1) nos dijo san Pablo, y es una gran verdad. Somos esclavos de muchas ataduras, pequeñas o grandes, y sólo el Señor nos puede salvar de ellas.

La experiencia de madrugar y salir por las calles de nuestro pueblo, recordando en catorce estaciones los últimos momentos de la vida de Nuestro Señor, nos ayuda a recordar lo que somos y quién es el único que nos puede ayudar en esta tarea.

El sueño, el hambre, el frío, la incomodidad, cuando se llevan voluntariamente y con alegría son verdaderos tesoros que nos ayudan a mejorar y a acercarnos a Aquél que quiso cargar con nuestros sufrimientos.

Aquí también querría traer a colación otro recuerdo de la Cuaresma archenera. Supongo que el próximo viernes, como siempre, será el Besapié a Nuestro Padre Jesús Nazareno. La iglesia abierta todo el día, gente entrando y saliendo, personas que dejan sus ocupaciones cotidianas y pasan largos ratos, horas incluso en ocasiones, delante de la imagen de Cristo sufriente.

En este mundo hay cosas que son más importantes y otras que no lo son tanto. Cuando alguien acepta sufrir por amor a otra persona está sucediendo lo más importante que puede pasar en esta tierra. Esas personas, que pasan parte

del día mirando al que carga voluntariamente con una culpa que no es suya, han entendido dónde está lo que de verdad vale la pena.

Si de verdad aprendiéramos la lección, cuántas cosas cambiarían en nuestra vida. Si de verdad nos diéramos cuenta de lo mucho que nos quiere Ése que ha muerto por nosotros, desaparecerían gran parte de los desánimos y las tristezas, de las dudas y de las oscuridades de nuestra vida. Pase lo que pase en mi vida, hay Alguien que me quiere mucho más de lo que yo soy capaz, ni tan siquiera, de imaginar.

El recuerdo entrañable del Besapié de Nuestro Padre Jesús me lleva, necesariamente, al recuerdo de los cultos que las distintas cofradías celebran en los días de la Cuaresma. Cada una según su propio modo de ser, cada una según su costumbre propia, pero todas tienen la necesidad de reunirse en torno a la mesa del altar para celebrar la Misa recordando a su titular.

Son los momentos del año en que cada Cofradía encuentra su verdadero centro: la Misa. En los quenarios o triduos, o en la fiesta de cada titular, la Cofradía entera trata de celebrar la Misa con la dignidad que corresponde a lo que es siempre el centro y la raíz de la vida de cada cristiano. Los Cofrades se reúnen para la celebración, quizás algunos de ellos el resto del año no le dan la importancia que merece la celebración de la Eucaristía, pero esos días intentan cuidarla con mucho cariño, la imagen del titular lo merece. Incluso algunos tratan de celebrarla mejor todavía, confesándose y comulgando, participando así del modo más perfecto posible en la Misa.

Y la celebración de los cultos desemboca necesariamente en los desfiles procesionales. El último día del último de los cultos, el Viernes de Dolores, sale a la calle la imagen de la Madre, la Virgen de los Dolores, para contemplar las catorce estaciones del Vía Crucis.

Un recuerdo personal vuelve a mi memoria. La Madre es madre por igual de todos sus hijos, sin exclusividades. Todos pueden acudir a Ella y sentirse acogidos, sin excepción. Recuerdo la imagen de la Virgen de los Dolores llevada a hombros por nazarenos vestidos de muy variadas túnicas. Todas las Cofradías se querían hacer presente en ese homenaje a la Madre común que sufre viendo a su Hijo sufrir por nuestros pecados. Todos están junto a Ella arropándola, nadie se puede apartar de ese gustoso deber.

El recuerdo del Domingo de Ramos brilla con luz propia. Son muchos los que esa mañana se levantan con la conciencia clara de que tienen que vestirse de fiesta, porque lo es, y acercarse a la iglesia que es su casa. Son muchos los que ese día ocupan las calles de Archena para acompañar a Cristo que va camino de Jerusalén, la ciudad que este día lo acoge y poco después lo matará.

Cristo está presente en la procesión en la persona del sacerdote. Revestido con los ornamentos rojos, bañado en la sangre del Redentor, el sacerdote es rodeado por el pueblo que lo aclama y canta acompañándolo al Templo donde va a tener lugar la Pasión y Muerte, anunciada en la lectura de la Palabra de Dios y hecha presente bajo las apariencias del pan y del vino sobre la mesa del sacrificio.

Mucha, mucha gente en la procesión, dos filas larguísimas que impiden ver la otra punta. Una procesión que acaba en la Misa, es el mismo acto, es todo

un continuo. El mismo sacerdote hace presente a Jesús en la procesión y en la Misa de modo distinto. Por eso, a mi modo de ver, en Archena está muy bien conseguida como está. Es una opinión mía, algunas veces me la habréis oído, que esta procesión no necesita imágenes. Es la misma gente y el mismo sacerdote el que camina por las calles y llega hasta la iglesia donde continúa la procesión en la Eucaristía.

Domingo de Ramos, rojo de Pasión. Ya desde el primer momento la Iglesia nos quiere indicar hacia dónde vamos para que no nos despistemos. Todo esto lleva al derramamiento de sangre, a la muerte del Hijo de Dios. No te detengas en lo secundario, no te desvíes por caminos que no llevan a nada. La Pasión, la Muerte, el dolor, la agonía... De eso es lo que se trata. Ése es el camino, y no otro, para llegar a la vida y a la libertad. Si tratas de esquivar lo primero, lo segundo nunca lo obtendrás, aunque quieras convencerte de lo contrario.

Un recuerdo tengo también en la memoria del Lunes Santo: el Via Crucis desde la Parroquia del Corpus Christi.

Hay una ley en la naturaleza que vale para todas las criaturas: los seres vivos nacen pequeños y van creciendo poco a poco, y poco a poco van adquiriendo su plenitud. No es normal que nazca un niño siendo ya adulto, eso sería una monstruosidad antinatural.

La Cofradía de Ánimas nació hace muy poco. Es muy joven, pequeña todavía. Pequeña todavía comenzó con este desfile que tratan de hacerlo con seriedad y con dignidad. Que el Señor le conceda seguir creciendo, poco a poco, como debe de ser, si deformarse, sin perderse en lo secundario, sino yendo a lo único necesario: acercar a los hombres al misterio de Cristo.

Y si la Cofradía de Ánimas es un niño pequeño todavía, no se puede decir lo mismo de la Cofradía del Cristo del Perdón, que desfila el Martes Santo. No es una recién nacida, pero tampoco es de las más antiguas de nuestro pueblo. Seguro que muchos de los que me oyen guardan en su memoria el momento de su fundación, las ilusiones y los propósitos de los primeros en esta empresa, de la que surgió una nueva procesión: la procesión del Perdón.

No es mala cosa que en un día de nuestra Semana grande, precisamente antes de llegar los días centrales del Triduo Pascual, los archeneros miren a Cristo en la Cruz y recuerden su perdón. Siempre, pero quizás en esta nuestra época, estamos necesitados de perdón y de sentirnos perdonados. En el mundo vemos siempre guerras, nos acostumbramos a oír hablar en las noticias de cientos de muertos diarios y ya no les prestamos atención. En nuestro país nos vamos acostumbrando a las descalificaciones, los insultos, los menosprecios como si fuera algo normal, como si fuera algo bueno el odio, la crítica, incluso la calumnia.

Y eso influye necesariamente en el comportamiento de las gentes. Nuestros dirigentes, lo sepan o no, se convierten en modelo de comportamiento para sus súbditos. La tarea del que asume un cargo público es muy exigente y no siempre bien apreciada. Lleva consigo una responsabilidad y un sacrificio similar al de un hombre y una mujer que deciden fundar una familia. Por eso la tradición ha visto la función del dirigente político similar a la de un padre de

familia. Que el Señor conceda siempre a nuestros políticos, sean los que sean, suficiente prudencia y fortaleza para buscar el bien común, por encima de intereses particulares.

Las diferencias entre hermanos siempre se tienen que vencer con el perdón. Si no existe el perdón, el poder pasar por alto lo que ya sucedió, nunca va a haber verdadero avance, verdadero progreso. Los hombres necesitamos perdonar y sentirnos perdonados para poder vivir en paz entre nosotros mismos.

Y si el Martes es el Perdón, el Miércoles es el Prendimiento. Lo que ya había comenzado el día anterior, en el Miércoles Santo ya se ve con toda su variedad. La multitud de las Cofradías que existen en Archena se despliegan por las calles demostrando la multiforme belleza con que un pueblo contempla la Pasión de su Señor. En Archena Cristo es Perdón, y Nazareno, y Gran Poder, y Agonía, y Sangre. Muchos nombres para el mismo Jesús, muchas maneras de representar el acontecimiento más importante que ha sucedido en la historia de la Humanidad: la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor.

Por eso encabeza la procesión una Cruz, allí es hacia donde vamos caminando cuando acompañamos nuestras imágenes por nuestras calles. En Archena esa cruz tiene espejos, permite asomarte a ella y ver reflejada tu imagen. Cuando ves la Pasión de Cristo estás viendo allí parte de tu vida. Eres tú el que has causado ese dolor, y lo que es mejor, eres tú el que recibes los beneficios de esa ofrenda que Cristo hace al Padre de toda su vida.

Y, como no podía ser de otro modo, cierra la procesión la imagen de la Madre, que acompaña a su Hijo en los momentos más duros de su vida, acompañada por el discípulo amado, san Juan, el único que no abandonó al maestro al llegar el momento de su Muerte.

Y, siguiendo con los recuerdos, Jueves Santo ha quedado bien grabado en mi memoria. Cristo, el Amor de los amores, el Amor más grande, el que *da la vida por sus amigos* (Jn 15,13), presente en medio de su pueblo bajo la apariencia del pan y del vino, y reservado en el Monumento. Durante esa noche cambia el centro de la iglesia. El altar está desnudo, las luces y las flores nos mueven a mirar hacia otro sitio donde está el Cuerpo de nuestro Señor.

En el recuerdo están muchas personas que van y que vienen y que durante un tiempo largo están en oración ante el Santísimo Sacramento. A cualquier hora de la noche, de madrugada, por la mañana. Cristo siempre acompañado en los sagrarios de las dos parroquias de Archena. Hay muchos que sí que son capaces de permanecer en vela una hora con su Señor.

Y a la media noche el Via Crucis con la imagen del Cristo del Monte Calvario que arranca de junto a la iglesia de san Juan Bautista. Silencio, noche oscura sólo iluminada por la luna nueva de la Pascua. Redoble del tambor, y las palabras del sacerdote que nos ayudan a contemplar los últimos momentos de Cristo en esta tierra, y después el silencio del templo donde cada corazón se desahoga en el corazón que más ha amado y sigue amando.

El Viernes Santo es, en mi recuerdo, un día tremendamente intenso, que comienza muy pronto y acaba muy tarde. Mientras algunos siguen en

adoración ante el Señor reservado en el Monumento, otros acompañan a María en el Encuentro con su Hijo en la Via Dolorosa.

El Sol de la primavera, recién estrenada, nos habla en esta mañana de dolor, de injusticia, de sufrimiento compartido. Junto a la Madre de Jesús está el discípulo al que tanto quería, y nosotros nos paramos a contemplar la escena en la plaza del Ayuntamiento y acompañamos el cortejo procesional.

Con una fuerza muy especial se ha grabado en mi memoria la tarde del Viernes Santo. En la iglesia la celebración de la Pasión del Señor. Con sobriedad la liturgia celebra la Muerte del Hijo de Dios, Muerte redentora que nos da la vida y nos devuelve la libertad perdida.

Y, acabada la celebración litúrgica, en la Plaza de la Iglesia, el Desenclavamiento. Con la originalidad de ser un acto casi único, he asistido siempre con sobrecogimiento a la representación de ese momento. Por tres veces he tenido la suerte de ayudar con mis palabras a que todos los presentes vivieran con intensidad el momento. En mis recuerdos encuentro la multitud de personas de todas las edades que llenan la plaza y que quieren ver y vivir. Seriedad, respeto, silencio, oración. Muchos recuerdos y mucha emoción condensados en unos pocos minutos. Gente rezando delante de las imágenes sagradas que quedan colocadas en la plaza. Cristo está muerto, su imagen colocada en el sepulcro. Su Madre, mi Madre, María llora, nosotros tratamos de comprenderla y compartir con ella su dolor.

Cristo está muerto. El Monumento se queda vacío. La iglesia permanece cerrada. Se ha completado el sacrificio. Cristo ha entregado todo lo que tenía en favor de sus hermanos los hombres. Hasta su propia Madre, lo único que le quedaba, nos la ha entregado para que sea nuestra Madre. Como san Juan, también nosotros la acompañamos en esos momentos de dolor.

Viernes Santo por la noche. Dolor, luto, seriedad, soledad, Entierro. Acompañamos a María junto al cuerpo muerto de su Hijo. Se nos ha ido. Ha llegado hasta el extremo. *Todo está cumplido* (Jn 19,30). Sobran las palabras. Sólo valen los deseos de cambio, la conversión, la penitencia.

Dentro de mis recuerdos no puede estar la recién nacida procesión del Descenso a los Infiernos en la madrugada del Sábado Santo. Cuando yo estaba aquí todavía sólo era un deseo. Ahora que ya se ha convertido en realidad espero que se vaya fortaleciendo sin perder nada de la seriedad y la austeridad que la caracterizan.

Durante todo el Sábado la Iglesia está a la espera. Cristo está muerto, no hay celebraciones, el Sagrario está vacío. Es un día de orfandad. Estamos *como ovejas sin pastor* (Mc 6,43). Deseando que llegue ya el tercer día y podamos experimentar el paso de la muerte a la vida, la verdadera Pascua que salva y da la libertad.

Eso hace que no esperemos a la salida del sol. En vísperas del Domingo de Pascua, siendo todavía de noche, tiene lugar el acontecimiento más importante de toda la historia de la Humanidad.

En la celebración litúrgica de la Vigilia Pascual se hace presente de modo sacramental la Resurrección del Hijo de Dios. A Aquél que había sido capaz de entregar su vida por nosotros, el Padre no lo abandonó en el sepulcro, sino que

lo resucitó al tercer día, muy de mañana. Cristo ha resucitado y con Él toda la Humanidad recibe la posibilidad de volver a la vida, de recuperar la libertad que habíamos perdido cuando nos alejamos de Él con nuestros pecados.

Cristo resucitó y la muerte ya no tiene poder sobre Él. Los que somos de Cristo hemos muerto y resucitado con Él por medio del Bautismo. Hemos recibido la adopción, hemos sido hechos hijos de Dios. Somos hechos templos del Espíritu Santo. Ya no tiene ningún sentido que sigamos viviendo como si todavía fuéramos hijos de las tinieblas. Nuestro Padre es Dios que nos ha regalado el poder vivir como hijos de la luz.

Para los que somos de Cristo la Cruz, los dolores, las dificultades, ya no nos tienen que dar miedo. Ya no las llevamos nosotros solos, sino que Cristo las lleva con nosotros. Ni tan siquiera la muerte tiene por qué darnos miedo, la muerte ya no es el final, la vida es más fuerte que la muerte, y Cristo es la vida, para siempre, por toda la eternidad.

Y Archena celebra la Resurrección con alegría, con música, con ruido, con fiesta, porque el acontecimiento lo merece. Que se vaya la noche, que se vaya la tristeza, que se vaya Satanás y sus tentaciones. Cristo ha vencido. El que vimos crucificado está hoy Resucitado.

Y, después del ruido, el pueblo con sus imágenes sagradas se reúne alrededor del altar para celebrar la Misa. Allí es donde se hace presente Cristo Resucitado en medio de su pueblo. Allí recibimos la fuerza para vivir la nueva vida de los hijos de Dios. Ésa es la fuente de donde mana el agua que *brotó para la vida eterna* (Jn 4,14).

Y acompañamos a María que está rebosante de alegría al recuperar a su Hijo, al recuperar a todos sus hijos que hemos sido salvados de la esclavitud del pecado y hemos pasado a la libertad de los hijos de Dios.

Éstos son algunos de los recuerdos de un cura que pasó por vuestro pueblo, que aquí vivió tres semanas santas tratando de vivirlas con intensidad y de ayudar a los demás a aprovecharlas lo más posible.

No sé muy bien si estas palabras mías podrán aprovecharos. A mí, os lo aseguro, me ha hecho mucho bien volver a revivir esos momentos, y espero que me ayuden, donde esté en cada momento, a vivir mejor esos días, los más importantes del año.

Agradeciendo vuestra paciencia para conmigo quiero volver a repetir la petición del principio, acordaos en vuestras oraciones de este sacerdote que lo fue vuestro y que ahora está sirviendo en el Seminario.

Quisiera finalmente desearos a todos una vivencia intensa de esta próxima Semana Santa. Muchas gracias a todos